

Dí cómo el Rey de las gentes,
Fruto de un noble linaje
Entregó en precio del mundo
Su cuerpo y preciosa sangre;

ya el majestuoso palio se detiene; ya el Diácono sube á la urna el cáliz sagrado; ya la primera Autoridad civil asciende las gradas para ser testigo calificado de la divina sepultura; ya el Guardasello solemnemente lo estampa sobre el símbolo de la losa sepulcral; ya se retiran todos quedando sola la guardia de honor; ya los ministros despojan los altares y apagan las lámparas y mandan echar el agua de las pilas y todo llora la muerte del Hijo de Dios, encerrado en el santo sepulcro, donde irán á visitarle sus discípulos.

El monumento. Suele serlo verdaderamente de la piedad del pueblo: ¡cuán bellas las inspiraciones de nuestro Pañó, Tramullas y demás artistas en los monumentos del Tura, los Dolores, Hospital, etc.! Cuando le faltan los recursos del arte, que acaricia el catolicismo, la fé sencilla del pueblo suple ardiente con ingeniosos ardides: amontona en vistosa decoración luces, flores y emblemas, que brillan como elocuente testimonio y monumento de devoción y de amor.

Los sublimes quejidos de Jeremías resuenan por la tarde en el templo, modulados en un canto llano, tierno y melancólico, transmitido por la tradición. No los citaremos aquí: ¿qué hombre de mediano corazón no llora con ellos, al oír al gran profeta que llora sobre las ruinas de Jerusalén? *¡Jerusalén, Jerusalén, conviérte-te á tu Dios y Señor!*

Cierra la tarde, nueva é imponente procesión, que se extiende por la noche, paseando por nuestras calles al Crucificado, el santo sepulcro, la soledad de la Virgen, y retirada á la iglesia, quedan los espacios en religioso y profundo silencio.

Silenciosa y tranquilamente transcurridas las breves horas de la noche, llega el viernes Santo, el día de la profunda tristeza cristiana, el día en que las campanas no tocan, en que los altares lloran sin sacrificios, en que los santuarios están de luto *Hoy ha muerto nuestro Dios*, dicen las madres á sus niños: «es pre-